

mamita

M. R.

El Caballero Galahad

N.º 10



20 Cts.

HECHO EN CHILE POR

UNIVERSU
SOCIEDAD EDITORIAL Y LITOGRAFIA

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D. Santiago

Año I. N.º 10. Santiago de Chile, 21 de agosto de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Suscripción anual \$ 9.—

CONCURSO de DIBUJOS

He aquí los nombres de los premiados en la última semana:

Primer premio.—Jorge Droppelmann, Rancagua 117, casa 4, Santiago.

Segundo premio.—Fresia Muñoz Gálvez, Rancagua.

Tercer premio.—Juan Enríquez Arias, Maipo 527.

MENCIONES HONROSAS:

Elba Guzmán T., C. 134, casa 10, Sewell, Rancagua.

Lucía Tapia V., Catedral 2660, Santiago.

Oscar Hofmann, Temuco, Casilla 307.

Oscar Bravo C., Chacao.

Rufino Meza, Balmaceda 410, Santiago.

Raúl Simón, Miraflores 570, Santiago.

Rebequita Labra C., Estación Lo Campo, Ramal Los Andes.

Eliana Aguilar, Loreto 364, Santiago.

Noveno Fernández, Casilla 23, Lota.

Emma Salas N., Grajales 2458, Santiago.

Mirtala López, Casilla 197, Osorno.

Carlos Croharé, Colón 3023, Valparaíso.

Hernán López, Santa Victoria 468, Santiago.

Mery Becerra, Chacabuco 535, Curicó.

Lía Maturana, Pelequén.

Luis Sierra, Lampa.

Victoria Navarro, Pelequén Correo.

Josefa Martín S., Chuquicamata, Campamento Nuevo N.º 2019.

José Castelló, Heras 736, Concepción.

Elena Ossa, Villaseca esquina Pío X, Santiago.

Raimundo Larraín, Delicias 1550, Santiago.

Ignacio Ibáñez, Aníbal Pinto 198, Parral.

Mario Tagle Navarro, Catedral 2258, Santiago.

Sergio Cruz, Santa Isabel 21, Santiago.

Luis Espinoza V., 8 Oriente, 6 Norte, Talca.

Gustavo Zamorano, Cerro Barón, Victoria Cueto 97, Valparaíso.

Galvarino Sepúlveda, Bascuñán Guerrero 620, Santiago.

Olga Moya, Til Til.

Olga Solari, Valparaíso. Las Zorras, Av. Washington 1054.

Abel Urrutia, Mesamávida, Esc. 52.

EL PRIMER PREMIO RECIBE 10 BOLETOS: EL SEGUNDO, SIETE, EL TERCERO, CINCO, Y LAS MENCIONES HONROSAS, TRES BOLETOS DEL CONCURSO DE NAVIDAD. Los cupones se canjearán desde el 1.º de septiembre.



El Caballero Galahad



*¡"Más fuerte soy que el más bravo campeón,
porque es limpio y puro mi corazón"!*

Cantaba alegremente el señor de Galahad. Era todavía un muchacho, pero ya había sido armado caballero por el Barón de Lanzarote, el más gran caballero de la Corte del Rey Arturo, y el viejo convento en que vivía resonaba todas las horas con el eco de su canción:

*¡"Más fuerte soy que el más bravo campeón,
porque es limpio y puro mi corazón"!*

Le oyó el Barón de Lanzarote, y, recordando su niñez, hubiera dado cualquier cosa para volver a aquellos tiempos y poder cantar como el muchacho.

Doce monjes vivían en el tranquilo convento y habían cuidado de la educa-

ción del joven desde que llegó, cuando era muy pequeñito. El niño vivió feliz entre ellos y al pensar que era preciso dejarlos, sentía gran pesar, pero comprendía la necesidad de hacerlo, pues debía dedicarse al oficio de las armas, como cumplía a todo buen caballero. Proponíase combatir por el Rey Arturo, al que reverenciaba mucho, y por el país que era su patria y a la que tanto amaba, y hacerse famoso por sus heroicas aventuras.

No obstante, cuando el Barón de Lanzarote salió al día siguiente del monasterio, el joven no lo acompañó, porque deseaba permanecer un poquito más allí y no quería disgustar a los monjes con una rápida despedida.

El Barón salió solo y a poco halló dos caballeros, en compañía de los cuales llegó a la Corte en donde el Rey Arturo estaba celebrando una fiesta. El Rey dió la

bienvenida al Barón y a los dos caballeros, diciendo:

—Ahora estarán ocupados todos los asientos de nuestra mesa.

El Rey no estaba contento cuando faltaba alguno de sus caballeros.

Luego, todos los cortesanos y los nobles se dirigieron a la iglesia para asistir al oficio divino, y, al regresar a palacio, vieron algo maravilloso.

En el comedor, la Mesa Redonda, a la que se sentaban el Rey y sus doce caballeros para comer, brillaba en extremo. Refulgían los vasos de plata, y el del Rey, que era de oro, resplandecía como si lo cubrieran miles de piedras preciosas.

Acercóse el Rey y vió que, en cierto sitio de la Mesa Redonda, había unas letras de oro, de gran tamaño, que decían: «Este es el sitio del caballero Galahad, el de limpio y puro corazón».

(Únicamente el Barón de Lanzarote sabía quién era el caballero niño que había dejado en la abadía).

—Cubriremos las letras hasta que llegue el caballero del limpio corazón—dijo Lanzarote. Y, tomando un paño de seda, lo colocó sobre los brillantes signos.

Cuando se sentaban a la mesa, entró Don Carlos, el jefe de las cocinas de palacio, diciendo al Rey:

—¿Vais a comenzar la cena sin oír ni ver alguna gran aventura?

El Rey repuso que las letras doradas que habían encontrado les habían hecho olvidar por esa vez la costumbre.

Mientras aguardaban, apareció un caballero en la sala, diciendo:

--Algo maravilloso tengo que relataros. Mientras iba por la orilla del río, divisé una gran piedra flotando en la co-

rriente, y, en ella, estaba clavada una espada.

Entonces el Rey y todos los caballeros se dirigieron al río y vieron la piedra que parecía de mármol rojo y en la que, efectivamente, estaba clavada una espada.

"Apenas la había tocado, se sintió herido..."



Tachonaban su puño piedras preciosas y entre ellas se veían letras de oro.

Se adelantó el Rey, e inclinándose, leyó:

«Nadie se atreva a tocarme, sino mi dueño. Sólo colgaré del cinto del más perfecto caballero que haya en el mundo».

—La espada es vuestra—dijo el Rey al Barón de Lanzarote—porque no existe mejor caballero que vos.

—El lucero del amanecer es más puro que la estrella de la tarde—repuso el señor de Lanzarote con gravedad—. No colgará la espada de mi cinto, pues no me atreveré a tocarla.

Lamentó el Rey que su mejor caballero se creyese indigno de poseerla, y volviéndose al señor de Gavaín le dijo que tomara la espada.

Vacilaba al principio el señor de Gavaín; pero, al advertir la preciosa empu-

ñadura, se decidió. Sin embargo, apenas la había tocado, cuando se sintió herido de tal suerte que no pudo mover el brazo durante muchos días.

El Rey se dirigió entonces al Duque Parsifal, y éste, para complacerlo, trató de arrancar la espada, pero no le fué posible moverla, en vista de lo cual ya no se atrevió a tocarla ningún otro caballero. Entonces todos regresaron a palacio.

El Rey y sus caballeros se sentaron nuevamente a la mesa y quedaron ocupados todos los sitios, con excepción de aquél en que se halló la inscripción con letras doradas. Y a poco de circular las bandejas de los manjares, cerráronse repentinamente y con gran estrépito las puertas del palacio, así como todas las ventanas, sin que nadie las tocara. Y se abrió por sí sola una de las puertas de la gran sala del festín y por ella entró un anciano vestido de

blanco y desconocido de todos. A su lado, venía un joven con armadura roja; no llevaba espada ni escudo, y, a su costado, la vaina de la espada estaba vacía.

En el gran silencio que hubo en la sala, se oyó la voz solemne del anciano, que decía:

—Os traigo al joven caballero Galahad, que desciende de reyes. Llevará a cabo grandes proezas y a él le será concedido ver con sus ojos mortales el Santo Grial.

—¡Podrá ver el Santo Grial!—repitieron, maravillados, los caballeros.

Porque en su infancia habían oído la historia del Santo Grial, que no era otro que la Copa Sagrada en que bebió Jesús antes de morir.

Algunas veces, los ángeles transportaban la sagrada reliquia, y otras, la sostenía un rayo de sol; pero fuese cualquiera el modo como apareciera, sólo podían ver-

la aquéllos cuyos corazones estaban inocentes y libres de toda mancha. Por esto, los caballeros, al recordar la historia que oyeron tiempo atrás, sentían pesar de no haber podido contemplarla nunca.

“Un hombre paralítico estaba sentado al borde de la playa...”



El anciano entonces ordena al joven caballero que lo siga y lo conduce a la silla vacía. Alza el paño de seda que cubría la dorada inscripción y la lee en voz alta. Luego, el joven se sienta en el sitio que le estaba reservado. Se retira en seguida el anciano y el Rey se acerca al nuevo caballero y le da la bienvenida en nombre de todos los barones de la Mesa Redonda, y cuando concluyen los brindis y la comida, el propio Rey le conduce a ver la extraña piedra que flota sobre el río.

Cuando el joven oye que ninguno de los caballeros ha podido arrancar la espada de la piedra, comprende que a él le está reservada esa misión:

—Trataré de tomarla y la guardaré en mi vaina que está vacía—dice, señalando su costado. Luego, coge el pomo de la espada y, sin el menor esfuerzo, la saca de la piedra y la coloca en la vaina.

—Dios os ha mandado la espada y lo mismo hará con el escudo—le predice el Rey Arturo.

Vueltos a palacio, el Rey proclama que al día siguiente se celebre un torneo en el campo de la Corte, porque quiere probar al joven Galahad, antes que sus caballeros salgan en busca de aventuras.

Inunda el sol la mañana, al otro día, cuando el joven caballero sale al campo del torneo, a combatir atrevidamente. A muchos caballeros logra derribar, pero no le es posible vencer ni al Barón de Lanza-rota ni al Señor Parsifal.

Terminado el concurso, el Rey y sus caballeros regresan al palacio para cenar, y cada cual ocupa su sitio en la Mesa Redonda. Circulan de nuevo las viandas y ofrecen los coperos vino en jarros de oro, cuando se oye un estampido semejante al del trueno, que asusta a todos. Instantá-

neamente brilla en la sala una luz deslumbradora, mucho más intensa que la del sol. Los caballeros se miran unos a otros, asombrados; tan magnífica es la luz, que todos los rostros resplandecen como si fueran dotados de nueva belleza. Por aquel rayo de luz ve el joven caballero Galahad que se desliza la Sagrada Copa, que todos deseaban ver, pero que solamente puede percibir el joven de alma limpia y pura.

Cuando aquella extraña luz desaparece, todos los caballeros hacen votos de ir en busca del Santo Grial y no abandonar la empresa hasta haberlo visto. Y Galahad, que ya la ha contemplado, quiere verla una vez más, y se propone también ir por tierra y por mar hasta conseguirlo.

Por la mañana, las calles de la Corte están llenas de toda clase de gentes, tanto ricos como pobres. Lloran el pueblo al ver

cómo se marchan todos aquellos caballeros en busca de aventuras, para gozar una vez la visión del Santo Grial. Les acompaña el Rey en su llanto, porque de nuevo van a estar vacíos los asientos al lado de la Mesa Redonda.

Viajan juntos los caballeros hasta llegar al límite del reino. Allí se despiden unos de otros y toman diferentes caminos. Galahad marcha por espacio de cuatro días, sin que le ocurra ninguna aventura. Por último, llega a un gran edificio blanco, que es un convento y en donde le reciben con todos los honores debidos a su rango. Allí encuentra a dos caballeros, uno de los cuales es Rey.

—¿Qué aventura os ha traído aquí?— les pregunta el doncel.

Le responden que en aquel convento está guardado un escudo y que hasta ese instante ningún caballero que lo ha lle-



**“El joven caballero sale al
campo del torneo. A mu-
chos caballeros logra de-
rribar...”**

vado ha dejado de ser herido antes del tercer día.

—Pero mañana me lo llevaré yo—acaba diciendo el Rey.

—En nombre de Dios, permitidme que yo lo tome—suplicó gravemente Galahad.

—Si no puedo conservarlo, vuestro será—responde el Rey.

Entonces, un monje conduce al Rey y al caballero Galahad tras el altar y les muestra el escudo, blanco como la nieve, y con una cruz roja en el centro.

—Sólo puede usar este escudo el más noble caballero del mundo—avisa el monje al Rey.

—Trataré de usarlo, aun cuando no tenga tal pretensión—contesta el soberano.

Toma el escudo y se marcha con él hacia el valle.

—Si alguna aventura me ocurriere—le

dice a Galahad—os enviaré a mi escudero para anunciároslo.

Anduvo el Rey dos leguas por el valle y llega al cabo a un bosque de donde sale un guerrero cubierto con una armadura blanca y montado en un caballo del mismo color. Acércase rápidamente al Rey y le da tal golpe que le rompe la armadura. De una lanzada le atraviesa el hombro derecho, cual si el Rey no tuviese escudo con qué cubrirse.

—Este escudo sólo puede llevarlo un caballero sin tacha. No te pertenece—exclama el guerrero.

Y lo entregó al escudero, con encargo de llevarlo nuevamente al convento y entregarlo al caballero Galahad.

—Decidme cómo os llamáis—ruega el escudero antes de marcharse.

—No lo diré a nadie en el mundo.

Y dichas estas palabras, desaparece como si la tierra se lo hubiera tragado.

—Llevaré al Rey a algún castillo para que le curen la herida—pensó el buen escudero, y, con grandes dificultades, lo colocó de nuevo en su caballo y lo llevó hasta el castillo más cercano. Allí creyeron que moriría de la herida, pero no fué tal, pues a los pocos días estaba sano del todo.

Entonces el escudero se dirige al convento en que se quedara el joven Galahad, y, al hallarse ante él, le dice:

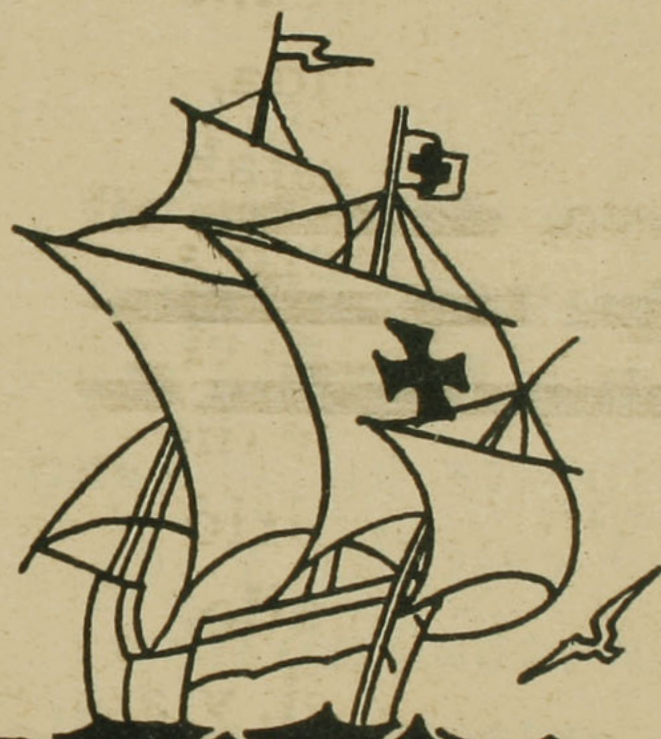
—El guerrero que hirió al Rey me mandó entregarte este escudo.

Resguardado con él, viajó el joven durante algunos días, hasta que, por último, llegó a una montaña, en la cual vió una antigua capilla abandonada. Se arrodilló ante el altar y rogó a Dios que le indicase qué debía hacer.

—Caballero sin pecado, ve al Castillo

de las Doncellas y libertadlas—oyó que le ordenaba una voz.

Obedeció el joven y siguió andando en busca del castillo hasta encontrarlo. Lo defendían siete guerreros que, tiempo atrás, se habían apoderado de aquel cas-



“Extendió las velas de la embarcación y ésta comenzó a navegar mar adentro...”

tillo que pertenecía a una doncella, a la que pusieron presa en compañía de otras.

Cuando los siete guerreros vieron acercarse al joven Galahad, con su espada resplandeciente y su escudo, salieron del castillo con el propósito de tomarlo cautivo, y se arrojaron contra él. Mas el joven, blandiendo su espada maravillosa, que centelleaba como el rayo, derribó al primer guerrero con un golpe tan animoso, que los otros huyeron sobrecogidos de espanto. Entonces un anciano le entregó las llaves del castillo, y, en posesión de ellas, el joven caballero libertó a todas las prisioneras; entregó el castillo a la doncella a la cual pertenecía, y ordenó a todos los caballeros de las cercanías que le rindieran homenaje.

Cumplido esto, continuó su viaje en busca del Santo Grial. Cruzó montañas altísimas y ríos anchos como mares y más

de una vez tuvo que combatir contra guerreros innumerables. Al fin, después de muchos trabajos, divisó una mañana la orilla del mar. En la playa, una princesa se bañaba, rodeada de sus doncellas.

—¿A dónde vas, joven caballero?—le preguntaron.

—Voy a Tierra Santa, en busca del Santo Grial.

—Tierra Santa está muy lejos y en el ancho mar te esperan tempestades. Quédate aquí, en el castillo de nuestra princesa; te serviremos, tocaremos el arpa y danzaremos para ti.

—Soy caballero del Rey Arturo y es mi padrino el Barón de Lanzarote, el mejor caballero del mundo, y he de cumplir mi deber.

—Lo que ha dicho, bien dicho está—intervino entonces la princesa—. Ahí tenéis, caballero, mi barca. Subid en ella y que

Dios os conduzca sano y salvo hasta la Tierra Santa.

Hízolo así el caballero, extendió las velas de la embarcación y ésta comenzó a navegar mar adentro, impulsada por el viento, hasta que llegó a un estrecho paso, entre dos rocas, por donde no le fué posible pasar. Se aproximaba la noche; el viento soplaba cada vez con más fuerza entre los arrecifes. Cualquiera que hubiese tenido el corazón menos valiente, habría tenido miedo, pero el joven Galahad no temía ni a la noche ni a las tempestades. Cuando alumbró el alba, vió que al lado de su embarcación había otra más pequeña, en la cual podría cruzar entre ese desfiladero de rocas. Al trasladarse a ella, vió que en su centro se alzaba un tabernáculo y, dentro, cubierto con un paño rojo, algo había que el caballero Galahad comprendió que sería el Santo Grial. Con gran re-



"En ese resplandor, pudo ver otra vez la Sagrada Copa..."

verencia se hincó de rodillas ante ella, pero la Sagrada Copa permanecía cubierta.

Por fin, la embarcación arribó a costas extrañas, más allá de las cuales se divisaba una gran ciudad. Un hombre paralítico estaba sentado al borde de la playa y el joven solicitó su ayuda para sacar el tabernáculo de la embarcación.

—Hace diez años que no puedo andar sin ayuda de las muletas—repuso el paralítico.

—Ten fe, propónete andar y ven hacia mí—insistió el caballero.

El paralítico se levantó, y, al observar que estaba curado, fué hacia donde se hallaba el joven caballero y los dos juntos transportaron el tabernáculo a la playa.

Todos los habitantes de la ciudad no hablaron en seguida de otra cosa que de la maravilla de la curación, y, de boca en boca, el milagro llegó a oídos del Rey, quien,

temeroso de que el joven paladín quisiera arrebatarle el reino, mandó que lo encerraran en una prisión fría, húmeda y obscura que estaba en los subterráneos del castillo.

Sin embargo, aquella luz que, tiempo atrás, en la Corte del Rey Arturo, vieron los caballeros de la Mesa Redonda, cuando se acercaba Galahad, volvió de nuevo e iluminaba su prisión, y, en ese resplandor, pudo ver otra vez la Sagrada Copa.

Pasó un año. El Rey enfermó de muerte y recordando al joven caballero a quien había tratado tan mal y que permanecía aún en la prisión fría, húmeda y obscura, lo mandó libertar para pedirle perdón. En cuanto Galahad estuvo en su presencia, de todo corazón perdonó al Rey que tan mal lo hiciera tratar.

Murió el Rey, y los habitantes de la ciudad buscaron entre todos los caballe-

ros aquél que fuera más digno de gobernarlos, y cuando le fueron a pedir al más sabio y más anciano de todos que aceptara la corona, dijo éste:

—Entre vosotros está el caballero de más puro y limpio corazón. Pertenece a la Corte del Rey Arturo y fué su padrino el Barón de Lanzarote. A él coronadlo Rey.

Y así lo hicieron con la mayor alegría y grandes regocijos populares.

El nuevo Rey dió amor y justicia a su pueblo, y era tan limpio de todo mal su corazón, que las gentes eran mejores desde que él les daba el ejemplo, y durante ese año no hubo penas, ni enfermedades, ni muertes. Mandó construir una capilla y en ella guardó cuidadosamente el tabernáculo que sacara del barco en donde había venido, y todas las mañanas, iba a orar ante esa preciosa reliquia.

Así pasó un año, y, al cumplirse el ani-

versario, se levantó con el primer rayo de sol. Todos los habitantes de la ciudad dormían aún. Al penetrar en la capilla, vió que alguien estaba arrodillado ante el tabernáculo y en él, descubierto y resplandeciente como el mismo sol, se veía el Santo Grial. La persona arrodillada parecía un ser celestial. Un círculo de ángeles volaba en torno. ¿Sería algún santo o Dios mismo? Cuando vió al joven caballero Galahad, dijo:

—Acércate, servidor de Jesucristo, caballero de corazón sin pecado, y regocíjate para siempre en la visión del Santo Grial.

Y lleno de la más pura alegría, Galahad se acercó al Santo Grial, y, al arrodillarse para orar, su alma dejó su cuerpo mortal y fué llevado al cielo por los ángeles.

Esta leyenda que damos hoy a los lectores de "MAMITA" es muy antigua. Pertenece a las canciones de la

Edad Media cuando había caballeros que iban hasta Tierra Santa a luchar contra los infieles. Es de origen inglés y se la conoce entre las leyendas del tiempo del Rey Arturo, que según la tradición, gobernó a los bretones, de los cuales descienden los ingleses de hoy.

¡YA SON 7 LOS PREMIOS!

Nuestro concurso del 24 de diciembre es ya un éxito. A continuación, nuestros lectorcitos se podrán imponer de los premios con que contamos hasta el momento. En cada número daremos a conocer otro hasta completar.

\$ 5,000 EN JUGUETES, OBJETOS Y DINERO.

Lista de premios:

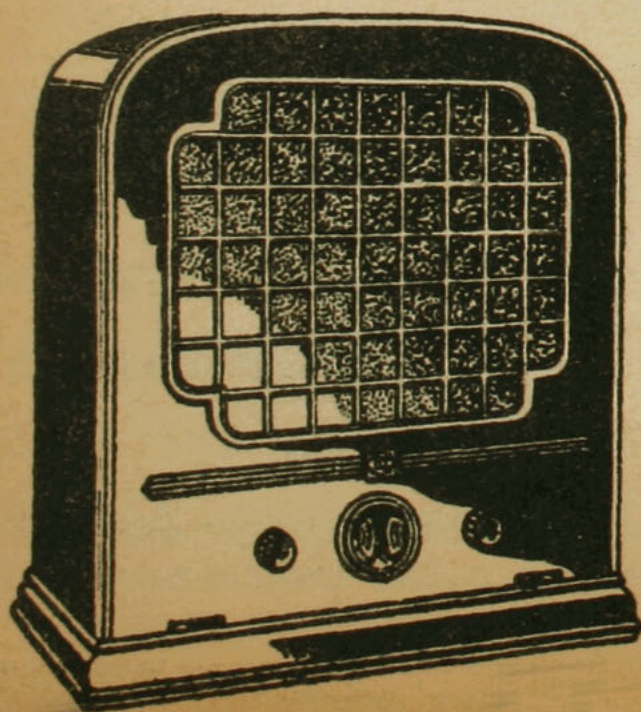
- | | |
|---|--------|
| 1º—Un aparato receptor de radio de la excelente marca TELEFUNKEN, obsequiado por sus importadores, Siemens Schukert Ltda. Valor | \$ 550 |
| 2º—UN MECCANO, obsequio de la Juguetería Principal. Ahumada, 19..... | \$ 85 |
| 3º—UN JUEGO SOLDADOS de guerra, obsequio del BAZAR "EL GLOBITO". Avenida Matta, 1042..... | " 60 |
| 4º—Un juego de soldados en su preciosa caja, donado por "EL GLOBITO". Avenida Matta, 1042..... | " 60 |
| 5º Una cocina con su linda batería de aluminio, regalo de "EL GLOBITO". Avenida Matta 1042 | " 45 |
| 6º—Una preciosa muñeca de loza, obsequio de la JUGUETERIA PRINCIPAL. Ahumada, 19..... | " 35 |
| 7º—Un servicio de té para niñas, regalo de "EL GLOBITO". Avenida Matta, 1042..... | " 40 |

BASES DEL CONCURSO:

1.º—El concurso se efectuará por canje de cupones. Estos cupones serán numerados, y será necesaria la presentación de series completas para su canje por números para el sorteo.

2.º—Se obsequiarán diez números a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en los concursos semanales, 7 al 2.º y 5 al 3.º Se obsequiarán 3 números a los que obtengan menciones honrosas.

3.º—Por cada suscripción anual, ordenada a partir del 1.º de agosto, se obsequiarán 20 números. Por las suscripciones semestrales,



Concurso de Dibujos de

mamita

M. R.

Obsequiamos 10 cupones para el Sorteo de Navidad a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.

Envíe su dibujo iluminado a:
Dirección de la revista
"MAMITA", Casilla 84 D,
Bellavista 069, Santiago.

Córtese por las líneas de puntos.

C U P O N

mamita

M. R.

CONCURSO DE PASCUA

N.º 4

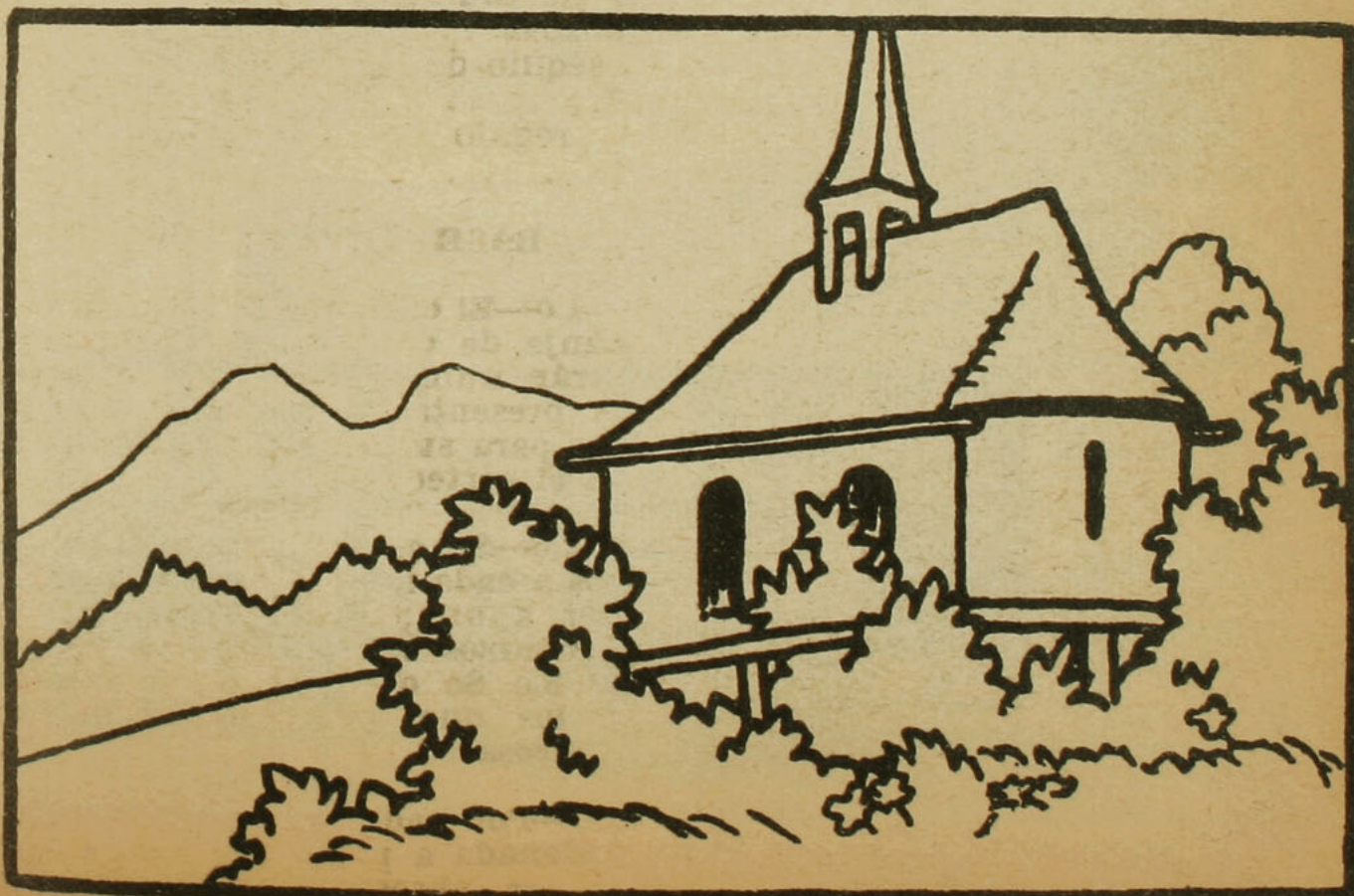
Una serie de 5 cupones dará derecho a un número.

EL CANJE DE CUPONES

comenzará el 1.º de septiembre próximo. ¡Empiece a juntarlos desde ahora!

Nombre del dibujante

Dirección





La Colonia

—
Corsario
Inglés
Francisco
Drake.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**